

Política salvaje

En la política se experimenta tiempos de constitución, de destrucción, de recreación; tiempos de orden y desorden.

En la política se constituyen sujetos. Algunos son constituidos heterónomamente. Otros se autoconstituyen con mayor grado de autonomía. Incluso en los casos de constitución vertical, siempre hay una dimensión subjetiva que acaba aceptando la interpelación autoritaria y, así, acaba produciendo la relación de subordinación a través de la cual se constituye en sujeto.

La política es un campo de fuerzas en el que los sujetos crean instituciones, pero también en el que las pueden destruir, reformar, sustituir.

En la política experimentamos tanto el poder de la creación como el de la destrucción de lo social y las condiciones que éste ha producido para reproducirse, ampliarse, renovarse. Las diversas constelaciones de formas de la política suelen ser y estar compuestas y tensadas por elementos y principios que trabajan para ordenar, organizar, normar y estabilizar las sociedades, por un lado, junto a otros que animan el conflicto, la lucha, el movimiento, la reforma y el cambio, incluso la descomposición, por el otro lado.

Ambas cosas existen juntas. El punto o la práctica en la que se experimenta con mayor intensidad o entrecruzamiento es la del gobierno, por su centralidad.

El gobierno implica organizar, estabilizar, ejercer y reproducir un orden social a la vez que se lo desarrolla; pero todo esto se debe hacer en el tiempo, en el movimiento de todas las cosas, que la política trata de articular como dirección o gobierno de los procesos sociales. A veces, y en la mayoría de los ámbitos, lo suele hacer el estado, a veces lo hacen otras prácticas y procesos políticos fuera de las formas estatales. En el movimiento las cosas se pueden ordenar mejor o desordenar. A veces ocurren ambas cosas a la vez en diferentes ámbitos.

Por lo general la producción de un orden se ha acompañado de la organización de una forma de dominación, que genera sus contradic-

ciones y resistencias. Con la idea de política salvaje me propongo pensar un conjunto diverso de prácticas que no se realizan para organizar y reproducir la dominación, sino que más bien se despliegan para cuestionarla, atacarla y desmontarla.

Argumento esta idea general a través de la consideración de las siguientes dimensiones o aspectos de la política, que no son todos, en los que en los últimos tiempos aparece un resquicio o sombra de política salvaje.

I. La producción del orden social

La producción de un orden social es un proceso macrohistórico. Es un conjunto de procesos de constitución y articulación de los más diversos aspectos de la vida social que siguen, a veces, ritmos y tiempos diferentes. La producción de un orden social no se realiza sin que a la vez se vaya organizando y experimentando la reproducción del mismo.

Cada historia de producción de un orden social es diferente y algo bastante complejo y especial. Aquí sólo se pretende pensar algunos aspectos generales. Hay algo que Zavaleta llamó momentos constitutivos¹. No se trata del origen primero de las sociedades. Se trata de los momentos en que un conjunto importante de procesos sociales cuaja en la definición de la forma de la sociedad y, sobre todo, es el momento de definición de la dirección del movimiento de una sociedad por un largo tiempo.

Los momentos constitutivos son hechos y procesos altamente políticos. Aquí, política es la articulación de las cosas, la capacidad de vincularlas con una dirección global. En un momento constitutivo se movilizan y organizan también las grandes divisiones. Como resultado de las relaciones de fuerza y poderes desplegados se organizan las nuevas estructuras de la división y desigualdad social y política, así como los espacios de cooperación e integración.

Un momento constitutivo es un momento de edificación social en la coyuntura de flujo de lo social; es un momento de producción de un

1. Cfr. Zavaleta, René: *Lo nacional-popular en Bolivia*, Siglo XXI, México, 1986.

orden social, en el que también, aunque no siempre, se organiza una forma de dominación y gobierno.

En la producción de un orden hay un proceso de institucionalización; un proceso de articulación o configuración de un horizonte de sentido que bosqueja los límites de la experiencia social.

Entre los procesos de institucionalización cabe considerar desde el régimen de propiedad y el modo de producción que define la estructura de clases sociales, la forma de organización de las instituciones de gobierno y dirección, hasta las formas de separación de lo político y lo socioeconómico o las formas de su imbricación y existencia en bloque.

La institucionalización implica normatividad, organización, jerarquías, sistemas de articulación y la producción de los sujetos necesarios para su gestión y reproducción.

Un orden social es una cultura; así, produce un horizonte de sentidos posibles y aceptables de las acciones y hechos sociales y políticos. Un horizonte es un límite, como también un ámbito de posibilidades. Una cultura es un horizonte de sentido, una forma de codificar la interpretación y experiencia de los hechos y las palabras.

A veces la política logra articular el conjunto de un horizonte cultural, vinculando de manera complementaria y correspondiente creencias, instituciones sociales y políticas. Lo que Gramsci llamaba hegemonía sería un caso de este tipo en sociedades divididas en clases sociales. A veces la política sólo articula y sintetiza una parte de la vida social y, en consecuencia, existe menos y parcial correspondencia y complementariedad entre los diversos procesos sociales y políticos.

Una cultura organiza y legitima las estructuras de desigualdad o igualdad social. Las acciones tienden a adquirir sentido según esas estructuras. Una cultura disciplina y da sentido. Nos constituye como sujetos simbólicos, que damos y reproducimos sentido en las interacciones.

Un momento constitutivo es una gran articulación, la articulación de una novedad histórica, que consiste en un cambio de horizonte de sentido y de forma social. Se reorganizan las cosas y se sustituye la matriz de significación de los hechos sociales; sobre todo la dirección de éstos.

Un momento constitutivo es un momento de redefinición de la política, esto es, sobre todo, de la flecha del tiempo de las sociedades.

En la producción de un orden y en un momento constitutivo intervienen las prácticas y las visiones o proyectos de sociedad y gobierno que grupos de sujetos se han imaginado y se han propuesto promover a través de su acción política e ideológica, sobre todo en las revoluciones y fundaciones políticas. Es decir, intervienen las prácticas civilizatorias, las que quieren organizar el mundo social como una totalidad prefigurada, las que intentan estabilizar el flujo de lo social en un conjunto más o menos amplio de instituciones y sentidos. Las civilizaciones son formas de estabilización de lo social, que fundan lo que se llama una larga duración. En ese tiempo y horizonte se experimenta el desarrollo y la descomposición.

En los momentos constitutivos confluyen estas prácticas civilizatorias en mayor o menor medida, pero también otras que estaban trabajando para desarmar, quebrar y criticar la forma social preexistente sin tener necesariamente un proyecto de orden social alternativo. De hecho, son éstas las que se convierten en los motores de los principales cambios sociales. Preceden e intervienen formas de política salvaje. Uno de los rasgos de las formas de política salvaje es que se despliegan como práctica de la fluidez, como la contraparte de las formas de estabilización de un orden social. Son las prácticas que escapan a las fuertes tendencias de totalización productiva y reproductiva de un orden; porque preexisten o también porque son disfuncionales en el seno de los nuevos sistemas políticos y sociales.

Hay varias formas de fluidez en el movimiento de las sociedades. Precisamente porque están en movimiento, las articulaciones son dinámicas. Cuando éstas trabajan y se organizan básicamente para la reproducción, se podría decir que las cosas rotan en torno a un mismo eje de producción del orden, y en ese movimiento pueden ocurrir tanto las reformas progresivas, por un lado, como las descomposiciones, desgastes y agotamiento, por el otro lado.

Hay otro tipo de fluidez que se instaure cuando algunas prácticas experimentan más allá de los desplazamientos, flujos y rotaciones de la reproducción, e incluso en contra de ellos. Cuando las prácticas están predisuestas a cambiar de formato y sentido, y sobre todo a no adoptar formas permanentes, la fluidez se hace salvaje.

En algunos momentos constitutivos se organiza el programa o bosquejo de una civilización y sus primeros hechos masivos de producción de orden social. Se configura una matriz cultural que opera como una especie de horizonte de articulación y significación de los hechos y procesos que luego se despliegan como desarrollo, reforma, cambio y límites.

Las prácticas civilizatorias son las productoras y formadoras de un tipo de relación con la naturaleza y de organización de la vida social, que puede desarrollarse a través de varias culturas o formas de totalización-limitación de los procesos sociales que configuran una sociedad y un país.

La dimensión cultural de la política más fuerte es la que tiene que ver con la dirección de las sociedades. El sentido de buena parte de una cultura se revela en la dirección de su movimiento, esto es, en su gobierno. En este sentido, las prácticas de organización y ejercicio del gobierno son culturales, así como las luchas por la definición de su dirección. Depende de la capacidad de las fuerzas y sujetos gobernantes para sintetizar potencialidades, pulsiones, necesidades y propuestas contenidas en el seno de su cultura y de incluirlas como política pública, que el movimiento de sus sociedades produzca bienestar, integración, desarrollo, consenso, la cooperación o el conflicto, la desintegración, las exclusiones y las crisis.

Los momentos constitutivos son producidos en parte por prácticas salvajes que socavaron y produjeron la ilegitimidad y desorganización de formas previas de orden social y dominación. La política salvaje suele ser un componente fuerte de las recomposiciones y constituciones sociales, pero es algo que no puede formar parte del nuevo orden, que luego acaba reprimiéndola para producir la sustitución institucional y cultural, el nuevo disciplinamiento y reglas sociales. La política salvaje volverá a surgir en algún otro momento como crítica del nuevo orden.

La política salvaje es lo que no construye orden social y político, es decir, instituciones, jerarquías y divisiones del trabajo político. Es política en tanto son prácticas que tienen que ver con la dirección de la vida y el movimiento colectivo, es decir, con el gobierno en un sentido amplio. La política salvaje es algo así como el gobierno en flujo o sin instituciones.

Algunas prácticas de política salvaje son críticas a la dominación y a la desigualdad política y social, pero no son críticas realizadas en relación con un orden social alternativo, sino en base a ideas y experiencias relativas a la condición humana.

Existe política salvaje antes de la constitución de las formas de dominación y luego como crítica transcultural de las mismas. En breve, la política salvaje contiene las prácticas de resistencia y rechazo a las formas de dominación y desigualdad política y, en consecuencia, prácticas de igualdad no civilizatorias. En cierto sentido, la política salvaje es una universalización de facto sin significante general encarnado por alguien.

La producción de un orden nunca es completa, aunque haya la voluntad de totalización y cierre político, en principio porque las sociedades se mueven en el tiempo y porque nadie tiene el proyecto y la visión total. Existe una tendencia a que los grupos contribuyan a pensar y organizar la inclusión y reorganización de lo que todavía no estaba integrado en orden social. También existe la tendencia a que algunos grupos y personas escapen a las formas de subordinación y dominación política y social, cuestionándolas o activando otros espacios y tiempos de vida política.

La política salvaje como crítica de la forma de dominación propia de un orden social implica pensar y actuar más allá del horizonte de sentido de su cultura. Como no es posible pensar y vivir fuera de la historia y lo social, la articulación del horizonte de sentido de la acción salvaje tiende a ser transcultural. Se utiliza una constelación de referentes de experiencias en las más diversas culturas para criticar las jerarquías y desigualdades en el seno de una, otras o todas. La política salvaje articula un horizonte ético-intelectual transcultural, que piensa lo humano sin jerarquías políticas.

La política salvaje es una forma de reforma moral e intelectual, es el conjunto de igualitarismos antiinstitucionales. En las condiciones de hoy, es una forma de mundialización sin modelo único, una socialización de la política en mutación.

Aquí, la condición humana es pensada como un resultado histórico compuesto y plural, que va incluyendo imágenes y síntesis sobre configuraciones de lo humano en diferentes épocas y sociedades. Se puede

pensar la condición humana de varios modos; generalmente se la piensa en relación con instituciones y culturas. A veces se universaliza a partir de alguna cultura dominante.

Lo humano que piensan y encarnan las políticas salvajes suele ser una síntesis de varios momentos de las diversas historias en las que hubo prácticas igualitarias a la vez que otras prácticas disolventes o negadoras de las instituciones de jerarquización y desigualdad social y política. Se trata de intuiciones de algo que puede ser común entre personas de diferentes épocas y sociedades una vez que se desmontan o desarmen las artificiales formas de dominación. Con esto no se quiere decir que lo que queda es algo natural. La condición humana también es una producción histórica. Lo humano es una forma de universalizar los momentos igualitarios de una historia al comunicarlos y sintetizarlos junto a los momentos igualitarios de otras historias. Claro que ésta es sólo una dimensión de lo humano, en tensión con las más frecuentes y duraderas formas de la diferenciación y la dominación. Es una idea regulativa.

II. Reproducción y dominación. Política más allá de la organización y eliminación de los jefes

La producción de un orden prepara su repetición o reproducción. Esto implica un ordenamiento de lugares sociales y una distribución de sujetos en esos lugares con un repertorio de acciones y sentidos. La repetición configura estructuras como causalidad. Implica una finalidad y un cierre de sentido del movimiento social, a la vez que el horizonte de posibles experiencias en el seno de una cultura.

Toda sociedad se repite pero, como dice Deleuze, en toda repetición hay una diferencia. En cada repetición la sociedad difiere de sí misma, de manera no prevista o deseada, por lo general.

La dominación es la repetición de la desigualdad, es la política de reproducción de las desigualdades. La política salvaje aparece como diferencias que no repiten sino como mutación puntual y disfuncional.

La política salvaje es un tiempo de suspensión del orden social, a través de dudas, críticas, ironía, huida, sabotaje.

La política salvaje es una metapolítica en varios sentidos. Es una reflexión crítica y práctica de las formas de dominación existentes, que va más allá de ellas; tiende a ser transcultural, a trascender varias políticas u órdenes políticos como horizonte ético-intelectual. La política salvaje pretende ir más allá de la política estabilizada, como finalidad, como un modo de vivir la convivencia y el gobierno sin organización permanente.

La política salvaje es la dirección colectiva sin organización permanente, sin institución de gobierno. Por eso ocurre temporalmente, de manera nómada. La política salvaje es nómada. En algunos lugares ocurre como resistencia a la institución de formas de dominación. En otras existe como viaje más allá de la civilización y el orden social existente.

La producción y reproducción de un orden social hacen un recorte de las experiencias posibles. Configuran el horizonte de existencia y sus posibilidades reconocidas. Por un lado, la reproducción reafirma y fortalece el patrón cultural, a la vez que socializa y disciplina en un horizonte de expectativas y satisfacciones. Por otro lado, la repetición de un orden social genera insatisfacciones y frustraciones, en tanto que la repetición es un límite como conjunto de condiciones de la vida social. La repetición integra y desintegra.

La política salvaje aparece cuando algunas formas de insatisfacción se vuelven abandono del horizonte cultural dominante y experimentación moral en las formas de interacción. La política salvaje es una forma de desorganización del horizonte cultural y de las instituciones de la dominación.

Los procesos de reproducción van tejiendo una red intersubjetiva que forma, disciplina y controla a los sujetos, a la vez que los integra a una cultura y los constituye como parte reconocida de la misma. Este reconocimiento normalmente implica que los sujetos heterónomamente situados en las estructuras sociales y políticas conocen los lugares e identidades de los demás, y en su aceptación legitiman el conjunto.

La política salvaje implica un paso al reconocimiento intersubjetivo sin posiciones ni identidades sociales fijadas. Es reconocimiento de la

autonomía colectiva plural. En cierto sentido, la política salvaje es la masa. En la masa se cancela el orden social. La masa es el desorden de una civilización. Es el desorden de la libertad colectiva.

La masa implica la ausencia y eliminación de líderes y jefes. La masa es la igualdad política de facto y en movimiento, es la intersubjetividad carnal más allá de la cultura. Es la experiencia de la totalidad desorganizada y desconcertada. La masa es la experiencia de lo sublime en lo político, el sentimiento inefable de lo humano sin diferenciar ni ordenar.

La política salvaje es la eliminación de los jefes. El cultivo de la autonomía moral e intelectual es un medio. La desorganización colectiva es otra, es decir, espacios de confluencia y participación sin centro ni institucionalización.

III. Descentramiento del gobierno, ley del valor y desmercantilización

Marx pensó en la ley del valor el conjunto de procesos por medio de los cuales las sociedades llegan a producir una forma general de intercambio a través de la abstracción del tiempo de trabajo en la producción de todas las mercancías o bienes materiales, lo cual implica la abstracción del valor de uso y el primado del valor de cambio.

La ley del valor es una síntesis teórica del núcleo organizador del capitalismo. El momento constitutivo del capitalismo como orden social es lo que Marx llamó acumulación primitiva, esto es, la destrucción de las formas más o menos comunitarias y tributarias de producción y vida social, que produce la descampesinización y el nuevo monopolio de los medios de producción y la proletarización.

La ley del valor contiene y explica la mercantilización capitalista de la fuerza de trabajo. La subordinación productiva bajo el mando del capital o monopolio que se funda en la expropiación privatista de los medios de producción y el excedente.

La ley del valor implica la producción histórica de un orden de explotación y dominación, y su reproducción ampliada. Es la historia

analítica del capitalismo, desde su momento constitutivo hasta sus tendencias a la mundialización y las crisis. El horizonte de la reproducción ampliada del capitalismo es el mundo. La ley del valor es una síntesis de su proyecto y proceso de mundialización desigual.

El capitalismo tiene como tendencia expandir su horizonte cultural al mundo, a la vez que cierra el horizonte de sentido para aquellos conjuntos de relaciones sociales que subsume.

La mercantilización de la fuerza de trabajo es el disciplinamiento básico en un orden capitalista. La mercantilización de la capacidad productiva o constitución de sujetos que ya no tienen posibilidad de autonomía en los procesos de transformación de la naturaleza. La mercantilización de la fuerza de trabajo es la reconstitución del sí mismo como cuerpo heterónimo.

La mercantilización de la fuerza de trabajo implica la entrega y subordinación al mando del capital; como dice Zavaleta, es una pérdida del yo. Hay varias formas de perder el yo; la masa es una de ellas, pero en este caso no hay subordinación ni mando o jefatura social o política.

Según Marx, la producción del orden capitalista pasa por varias fases o procesos. La primera fase, que llamó subsunción formal, abarca un conjunto de procesos que van desde la subordinación de formas de producción previas bajo las nuevas relaciones de propiedad monopólica no estamental y de mercantilización de la fuerza de trabajo, que van desde la acumulación primitiva hasta la manufactura. El capitalismo cambia las instituciones económicas, no los procesos de transformación de la naturaleza; tampoco logra modificar el horizonte de sentidos de manera global; vive como parásito de otras culturas productivas, dominándolas.

Hay un segundo momento o fase que Marx llamó subsunción real, que ocurre cuando se logra sustituir el horizonte de sentidos producto de haber modificado y sustituido los procesos de producción y transformación de la naturaleza, lo cual implica no sólo proletarización o mercantilización de la fuerza de trabajo en el tiempo de producción, sino también su extensión al tiempo de la reproducción social. Esto implica que se modifican patrones de consumo e identificación social. Los trabajadores ya no se reproducen con bienes de procedencia comunal o

manufactura familiar, sino en base a mercancías, a soportes materiales de valor de cambio. La gente tiende a producir su identidad en torno a su valor de cambio, en torno a una cantidad de la abstracción general de las cualidades personales y su tiempo de trabajo. Somos una cantidad de tiempo de trabajo socialmente abstraída.

En este sentido, no sólo hay mercantilización de la fuerza de trabajo, sino también del proceso de constitución de la subjetividad a través de los procesos de reconocimiento social o intersubjetivo mediados por el valor de cambio que cada quien representa en las interacciones sociales.

Una de las tareas de los estados modernos es producir las condiciones de una mercantilización ampliada de la fuerza de trabajo. El estado trata de producir la entrega de la libertad productiva, y así también de la política, en consecuencia. Cuando la misma dinámica de la acumulación y los mercados capitalistas expulsan fuerza de trabajo y mercancías que no se pueden realizar, el estado trata de remercantilizar ambas cosas para alimentar nuevamente la acumulación capitalista, a través de inversión pública².

La proletarización tiene una primera fase que consiste en la mercantilización de la fuerza de trabajo, a partir de la condición de la desposesión de los medios de vida y trabajo. Es el momento de la separación de la tierra y la comunidad y de la pérdida del yo. Hay un segundo momento, que consiste en la constitución como clase social, como sujeto político que disputa el valor de su fuerza de trabajo, la distribución de la riqueza social y las relaciones de poder y explotación. Siguiendo a Zavaleta, ésta es la recuperación del yo como obrero colectivo.

Las reformas neoliberales han remercantilizado una serie de recursos naturales y procesos productivos que eran propiedad del estado, a través de la privatización, para alimentar la acumulación capitalista que estaba enfrentando serias bajas en sus tasas de ganancia.

Por otro lado, complementario, a través de las políticas de desregulación están desmantelando las condiciones de realización de la segunda fase de la proletarización, que radica en la constitución de los

2. Cfr. Offe, Claus: *The Contradictions of Welfare State*, MIT, 1984.

obreros como sujeto clasista, que tenía como principal espacio de desarrollo al sindicato.

Tenemos, entonces, mercantilización sin proletarización clasista, o una baja intensidad en tanto constitución de sujetos y lucha de clases organizada. Esto es parte de la estrategia de dominación.

Las luchas proletarias se daban y se dan, en parte, en el espacio político de la ley del valor, en torno a la valorización de la fuerza de trabajo y el tiempo productivo de la clase. Son luchas en el seno del espacio de la dominación.

Por lo general eran y son luchas por aumentar el valor de la fuerza de trabajo o por evitar que se reduzca. Son luchas en el ámbito de la mercancía, por valer más en el ámbito productivo. Algunos teóricos de la autonomía obrera propusieron el horizonte político del trabajo cero como meta, es decir, nada de trabajo para el capital y la recuperación del tiempo de trabajo y del tiempo político recuperado para sí mismos³. Esto implica la desmercantilización de la fuerza de trabajo, que se lograría a través de largas y masivas luchas proletarias, que implican organización y otro horizonte civilizatorio.

Este tipo de luchas y horizonte político de autonomía proletaria, que todavía me parece necesario, es y puede ser complementado por otras prácticas políticas de desmercantilización que yo llamaría política salvaje.

Entre estas prácticas están las reapropiaciones de tierra realizadas sobre todo por los sin tierra en el Brasil. Este es un modo de desmercantilizar la tierra y reapropiarse de una condición vital, que se hace en base al simple sentido común de que todos tienen derecho a tener acceso a las condiciones para trabajar, habitar y gozar de la vida. En este sentido, son reapropiaciones que se hacen desconociendo la normatividad jurídica del orden social capitalista; son en particular una negación de su orden moral, en base a una moral superior, más universalizable.

Las políticas salvajes no se caracterizan por la violencia sino porque a la fuerza de los hechos colectivos se les imprime una moralidad

3. Cfr. Negri, Toni: *Dominio y sabotaje. Del obrero masa al obrero social* y Cleaver, Harry: *Una lectura política de El Capital*.

superior que no reconoce dueños ni jefes. Las prácticas salvajes suelen ocurrir o darse junto a otras que se sostienen sobre organización y demandas de integración al orden político existente, como luchas por ciudadanización.

Tal vez de manera más frecuente la política salvaje es una dimensión de las luchas sociales y políticas, más que la forma general de las mismas. La política salvaje es una dimensión de algunos movimientos sociales; entre ellos el movimiento obrero. Cuando el movimiento se vuelve masa en algunas coyunturas, se podría decir que predomina la política salvaje; cuando la política va más allá de la organización y, en este sentido, tiende a ir más allá del orden social existente. Por eso las críticas y rupturas pueden ser más serias.

En los movimientos sociales suele haber una combinación de política salvaje y de organización y proyecto. Si todo fuera organización y proyecto no habría movimiento social. Su fuerza le viene de aquellos momentos, aspectos y sujetos que, para criticar las formas de monopolio de la tierra, el poder político y la riqueza social, despliegan prácticas discursivas y políticas igualitarias como modo de constitución y movilización, así como de reapropiación de los recursos y las condiciones de la vida productiva, social y política.

Las prácticas salvajes son las que suelen propiciar el paso de un principio de organización a otro, sin ser ellas mismas el adelanto de las nuevas formas, sino más bien el momento disolvente y de fluidez sobre el cual a veces es posible la instauración de varias formas alternativas de reorganización social y política.

Me animaría a decir que un movimiento social sin política salvaje no tiene mucha fuerza o capacidad de democratización y que las olas de democratización más significativas en las sociedades son resultado de olas de política salvaje en su seno, precisamente como acción más allá del horizonte de las instituciones existentes que contienen algún grado de monopolio y desigualdad.

Si la democratización tiene que ver básicamente con la reducción o desorganización de algún monopolio económico, social o político, la política salvaje suele ser su dimensión más radical, el momento de la igualdad en los sujetos y fines de la acción democrática.

En la condición de masa se pierden las inhibiciones y responsabilidades de la condición de sociedad civil, que en última instancia es productora y reproductora del orden político. En este sentido la política salvaje es política fuera del estado y fuera de la sociedad civil.

La política salvaje es disolvente de estructuras y formas de dominación, no es fundadora ni organizadora de otras formas sustitutivas. Es el tiempo de la desorganización recreativa y recreadora, es una forma de reforma sin proyecto de orden social y político. La política salvaje es el tiempo de fluidez consciente de las sociedades, que se caracteriza por ir más allá de la organización.

La política salvaje revela el carácter contingente y temporal de todo orden político y social. Le quita el aura de sacralidad a los artificiales fundamentos de toda forma de vida social.

Frente a las políticas de la organización permanente, que suelen acabar construyendo estados o ya lo son, la política salvaje es cuestión de sujetos desordenados; es una política de la no organización permanente, lo cual no implica la ausencia de organización contingente en la acción colectiva.

En tanto la ley del valor representa la mercantilización generalizada, las políticas salvajes son formas de desmercantilización de las relaciones sociales y del trabajo humano. En este sentido, hoy son políticas anticapitalistas.

Hay varias formas de desmercantilización. Una de ellas tiene que ver con el conjunto de procesos y experiencias de desproletarización de la fuerza de trabajo resultado de procesos de colectivización de los medios de producción y la dirección del proceso productivo. Esto es, desmercantilización como sustitución del principio organizativo de la producción que gira en torno a la ley del valor por otras formas sociales y políticas de organización y apropiación colectiva de las condiciones y resultados del trabajo y la vida social.

Otra forma de desmercantilización son las políticas salvajes, que son acciones y hechos políticos de negación factual de los monopolios de cancelación de la intercambiabilidad de las cosas y las personas en base al valor de cambio, porque prácticamente se descrea de la propiedad privada y el valor de cambio. La ley del valor funciona cuando la

gente cree en el valor de cambio porque las condiciones están organizadas para eso. El valor de cambio es una relación que se levanta sobre la propiedad privada y la configuración de un equivalente general, la moneda, que hace posible los intercambios. Cuando la gente no cree en la necesidad de ese abstracto equivalente general monetario porque está negando prácticamente la propiedad privada, estamos en procesos de desmercantilización. Las políticas salvajes son formas de restauración temporal del predominio del valor de uso en las interacciones sociales y en las relaciones con la naturaleza.

IV. Políticas salvajes

Es más adecuado hablar en plural de algo que se piensa que más bien es la fluidez, la política más allá de la organización. No hay un patrón o modelo de política salvaje; la diversidad y la mutación son, más bien, la pauta.

Como contrapunto negativo a las políticas y formas de organización, las estructuras de la desigualdad y las formas de dominación, he bosquejado un conjunto de rasgos generales que me parecen comunes a algunas prácticas y políticas de la desorganización y suspensión del orden social caracterizado por la opresión.

Pienso en base a las experiencias de reapropiación de la naturaleza subjetiva y del mundo que tienen lugar en diferentes partes, y en base a proyecciones de rasgos y direcciones que permiten vislumbrar un conjunto más de formas de desorganizar el orden social capitalista y otras formas de dominación. En este sentido, este texto está atravesado por las aporías propias de algo que intenta pensar a la vez lo que pasa en algunos territorios de rebelión social y lo que quisiera que pasara como telos abierto de algunos procesos de crítica política.

Las formas de dominación organizan el espacio y tiempo de la política en torno a un principio único, aunque a través de una red más o menos amplia de instituciones de gobierno, administración y mediación. Las formas de dominación son espacios políticos monolíticos o de principio organizativo único, incluso en la dominación colonial. El cen-

tro metropolitano y local es monolítico, la periferia articula de manera subsumida formas locales de organización y ejercicio del poder político.

Las políticas salvajes introducen una proliferación de principios de organización contingente, y sobre todo una proliferación de principios y prácticas de desorganización de la dominación, de los monopolios y jerarquías existentes.

En un tiempo en que las estructuras de dominación se han fortalecido y mundializado, lo que las hace más pesadas, es saludable la experimentación de políticas salvajes como proliferación de principios de desorganización de cualquier estructura de desigualdad y formas de dominación, por más temporal que ésta sea. Las políticas salvajes son tiempos de intersubjetividad igualitaria, sin organización permanente.